

MANIFIESTO TRANSREALISTA - v.1



Josep Seguí en el Teatro-Museo Dalí. Figueres, Girona, agosto de 2017

Este es un manifiesto de carácter psicoliterario. O sea que también podría ser filosóficoliterario porque la Psicología no deja de ser la Filosofía todavía dando sus primeros e imaginados pasos.

El Transrealismo bebe del Infrarealismo de los escritores chileno Roberto Bolaño y mexicano Mario Santiago Papasquiaro.

También de la Transcursividad del filósofo colombiano (gracias, Rosita Suárez) Edgar Garavito. Véase su obra *La transcursividad: crítica de la identidad psicológica*. En la misma se intuyen formas de escapar a uno mismo o una misma. Eso es importante.

El Teatro del Absurdo con, por ejemplo, *Ubú Rey*, *Esperando a Godot* o *La cantante calva* siempre está en el rincón más oscuro de la escena pero preparado para hacer su aparición, salvaje muchas veces.

La Transrealidad adora al Surrealismo y al Dadá.

¿Hablamos de Borges y el *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*?

Es feminista radical y tremadamente antifascista.

Es literatura y acción política.

Ama al japonés Haruki Murakami y a algunos otros y otra compañeros suyos que también tienen los ojos rasgados.

Es Construcción social y es una práctica intensamente colaborativa y dialógica.

Es el frenesí y los movimientos inmoderados y los sueños que no desaparecen al despertar. Es decir, todos.

No tiene pasado ni futuro. Ni siquiera tiene presente. No me preguntes por qué.

No hay porqué. Las cosas pasan o no sin más.

Es la vida misma y nadie tiene derecho a cambiarla, especialmente la de los demás.

Desde luego que la transrealidad tiene sus muros muy inciertos y cambiables, como la última (hoy por hoy) novela de Murakami, a quien creo que ya hemos nombrado.

De hecho, no tiene muros que yo o nosotros sepamos aunque es muy posible que estemos en su interior sin saberlo y creyendo que somos libres sin más ni más.

¡Ja, ja, y ja!

Sí, la transrealidad —o el transrealismo; igual da— se ríe. Se ríe mucho de sí misma y tiene sus motivos, obvio (también podemos decir «obviamente»; pero lo otro es más corto y hay que economizar caracteres).

Y es que ese es uno de nuestros grandes apoyos: la economía del lenguaje a que se refiere el lingüista Charles F. Hockett y que es posiblemente uno de los factores más importantes para que la evolución humana sea lo que es, sea lo que sea.

Eso, el lingüista norteamericano habla de la economía y también de la productividad del lenguaje (ya lo hacían los filósofos griegos, por cierto; como casi todo). Y va y sí, los seres transreales somos baratos (gastamos muy pocos

recursos materiales; sí emocionales y afectivos) y muy generativos: producimos mucho en muy poco tiempo. Para los próceres capitalistas y liberalistas seríamos un chollo. Pero va y no nos da la gana trabajar para ellos. Solo lo hacemos para nosotros, nuestros amigos y la gente buena; no para los hijos de puta esos a que me he referido. Ellos que sigan siendo realistas hasta que acaben con todo. Falta poco; solo tienen que darle al botón.

¿Quién será el primero (en darle al botón)? No lo sé. Apuesto por los jefes de los USA. Pero también tienen muchas posibilidades los de Rusia, Irán, Francia, Israel o Gran Bretaña. No importa, total no nos enteraremos, repito...

Hasta entonces (puede que sea ya o dentro de muy pocos meses) podemos ir disfrutando del transrealismo y la transrealidad que son lo mismo, repito. Como tal no hay, ni queremos tener adeptos ni creyentes ni seguidores. Solo queremos gente que se ría con (y de) nosotras y nosotros (y nosotres, que aunque no me gusta usar la «e», pues así que se joda la RAE un ratito, sobre todo el machista del Pérez-Reverte, je, je, je).

Solo queremos gente que lea y dialogue y reflexione acerca de lo que lee (si quiere, claro). Y le (os) recomendamos cosas de esos ismos que ya hemos citado: surrealismo, dadaísmo, y tal y todo eso. No os aburriréis, no.

Pamela, de Chile, (creo que aún no había salido por aquí) me recomienda a Vicente Huidobro. No lo conozco hasta ahora y va y me da la gana incorporarlo al Manifiesto:

«Hay palabras que tienen sombra de árbol

Otras que tienen atmósfera de astros
Hay vocablos que tienen fuego de rayos
Y que incendian donde caen
Otros que se congelan en la lengua y se rompen al salir
Como esos cristales alados y fatídicos
Hay palabras con imanes que atraen los tesoros del abismo
Otras que se descargan como vagones sobre el alma
....».

Altazor, 1931

Nos apasiona el *Manifiesto ciborg* de Donna J. Haraway (1983). Lo amamos:

«Un ciborg es un organismo cibernético, un híbrido de máquina y organismo, una

criatura de realidad social y también de ficción

...

Las tecnologías de las comunicaciones y las biotecnologías son las herramientas decisivas para darle nuevas utilidades a nuestros cuerpos. Estas herramientas encarnan y ponen en vigor nuevas relaciones sociales para las mujeres a través del mundo. Las tecnologías y los discursos científicos pueden ser parcialmente

comprendidos como formalizaciones, por ejemplo, como momentos congelados de las fluidas interacciones sociales que las constituyen, pero deberían asimismo ser vistos como instrumentos para poner significados en vigor. La frontera entre mito y herramienta, entre instrumento y concepto, entre sistemas históricos de relaciones sociales y anatomías históricas de cuerpos posibles, incluyendo a los objetos del conocimiento, es permeable. Más aún, mito y herramienta se constituyen mutuamente».

Nos creemos lo increíble. Incluso creemos en la Revolución siempre que lleguemos a tiempo. O sea, antes de que ellos aprieten el botón.

Hay un párrafo de una novela mía (perdón, pero no solo no está todavía publicada, si no que aún no tiene ni título) que creo que le va al pelo a este manifiesto.

Con permiso:

«Todas y todos tenemos derecho a equivocarnos por el puto morro. Y, de no ser que la equivocación sea muy terrible, pues no pasa nada. O no debería de pasar nada, vaya. Eso sí, siempre que no sea un error lingüístico porque entonces vendrá un tal nosequé Pérez-Reverte y sus secuaces y le empalarán a Usted vivo tal cual lo digo. Sí, aunque su forma de hablar o escribir castellano no sea estrictamente la normativa dictada por la RAE o nosequé por motivos culturales. O sea porque nació Usted en un pueblecito de

la selva colombiana o bien en un pueblecito de las llanuras andaluzas y habla el castellano de forma diferente —insisto— a como dice la RAE esa. Vaya con cuidado porque si lo pillan llamarán al Consejo General del Poder Judicial Lingüístico y le joderán a base de bien con el empalamiento cruel. Queda dicho».

Odiamos las normas. Esto es así, sí. Sin embargo, las usamos en muchísimos casos; no en todos, lo reconozco.

Por ejemplo, si el que está escribiendo esto va manejando su vehículo y un semáforo normativo se pone en rojo, él (el que está escribiendo esto) frena: no quiere ni matar a nadie ni que le pongan una gran multa.

O, también por ejemplo, si se cruza con Usted por la calle, es muy posible (casi seguro) que le ofrezca su mano y le diga: «¡Hola! ¿Cómo está Usted?». Esto último es una forma de saludo bastante normativo y parece ir en contra de nuestras propias anti-normas. Pero es que si al verle le da un cachete con la mano y le dice: «gfrrrrvb nmniiim mlolilolol», mucho me temo que no solo no vamos a reforzar nuestra amistad, si no que no nos vamos a entender ni de coña.

Y es que el lenguaje, y sus normas, tiene eso (entre otras muchas cosas): facilita que nos entendamos. Y eso está bien, como diría Platón.

Marta es nuestra frenética madre. O mejor (es demasiado joven), nuestra amante, nuestra novia, nuestra diosa. La Chochos es nuestra filósofa de cabecera. Ambas pueden hablar con Lucifer y eso nos tranquiliza en una vida en la que todo está prohibido. Las dos y el propio demonio estarán pronto en las librerías. Avisaremos.

Solo queremos, si no es mucho pedir, que nos lean. Por ahora no queremos adhesiones.

Saludos. Gracias.

©Jose/p Seguí Dolz

<https://www.josepseguidolz.info>